

que son como dixe, los que particularmente llamamos hechiceros, y brujas: todos ministros del diablo, y que sin sentir nos introducen sus errores, que procuremos desterrar de los que en esto pecan por ignorancia, en las Doctrinas, que se figuen.

Mágia, pues, en general, no es otra cosa, que un contrato con el diablo. ¿Quién pensará, que à tal pudiera llegar la malicia de un hombre? Contrato con el diablo? Sí, en que le ofrecen de darle culto, y de reconocerle como à su Señor. ¿Y para qué? Para que el diablo los ayude à hacer, y à conseguir aquellas cosas que no alcanzan por sí solas las fuerzas humanas. Y si este contrato se hace con el mismo diablo, que se les aparece en forma visible, se llama pacto explicito; pero si se hacen cosas, por las cuales, ni por su virtud natural se puede seguir el efecto; ni se puede esperar que sea por virtud sobrenatural; si el efecto se sigue, ese se llama pacto implícito con el diablo. Yá estoy mirando el horror, yá estoy conociendo el aborrecimiento con que vuestros corazones detestan, y abominan éste el mas desventurado abysmo de delitos los mas enormes, de culpas las mas detestables. Mas, ¿de qué sirve ese horror, si se abrazan las culpas, que nos pueden precipitar en esta tan suma desdicha? De qué sirve ese aborrecimiento, si nos dexamos llevar de los otros vicios, que son los escalones por donde podemos llegar à este profundo?

Basta para que lo temamos el suceso lastimoso, que yá refiero. Traelo nuestro Engelgrave, (Engelg. t. 1. *Cælest. Pant. in Fest. Sanct. Math. s. 1.*) y dice, que sucedió el año de 17. de este siglo. En Flandes era un Principe mancebo, en quien parece juntó todo el lleno de sus prendas naturaleza, para dár todo ese colmo al mas vivo dolor de su desgracia; era las delicias del Reyno, para ser luego motivo de las universales lástimas; sobre su primera Nobleza, discreto, cortésano, bien entendido en las buenas letras, y verificado bien en las armas; prevención toda, que le hizo el costo al llanto en su malogro. Este, pues, habiendo travado una sangrienta enemistad con otro Principe Alemán, creciendo el alboroto en riñas, y pependencias, el Archiduque Alberto, Gobernador entonces de aquellos Estados, por atajar mas graves daños, desterró el Alemán à su Patria; à éste le prohibió el seguirle con muy graves penas. Pero (¡oh Dios!) refrenada la ira, y reprimido el odio, no pensaba en mas que en buscar modos de vengarse. ¡Ah funesta pasión, que así ciegas, para precipitar así! Supo que havia alli un hechicero, y por hallar el modo de vengarse, trató tambien de serlo. En nada repára yá el que está ciego. El caso era, que un cierto Henrico, pastor de ovejas, è insigne fraudador de trampas, havia cobrado con el Pueblo fama de hechicero, no porque lo era, sino porque ese comun error le servia de engañar à simples. A éste se fue aquel Principe, y le pidió, que le enseñara el Arte Mágica. Hallóse confuso; y no pudiendo negarse

al respeto: Señor, le dixo, yo no sé nada de eso, que todo es engaño, porque con eso lógro algunas trampas. Parecióle que se lo solapaba, por negarse; y tales fueron las amenazas, y tales las promesas, que aquel huvo de conceder. Pues mira, le dixo, me has de enseñar el modo cómo podré quitarle la vida à uno, aunque esté muy distante. Yo lo prometo. Señalaron el lugar en un monte cercano, y el día, y hora en que alli havian de verse. Dióle buena cantidad de oro, y Henrico se fue confuso, en cómo havia de cumplir su promesa, y hacer lo que él ni sabia, ni entendía. Ocurrióle al punto este engaño: Fuese à otro Labrador, contóle lo que le pasaba, y prometiéndole, que partiria con él, con tal, que aquella noche se fuese à aquel monte à hacer oficio de demonio, dándole escondido entre los arboles sus respuestas, para dexar así engañado aquel Principe, que tanto porfiaba por ser hechicero. Pactados así, le fueron haciendo no poca porcion de reales, hasta que llegado el plazo, acuden al puesto yá entrada la noche, forma aquel engañador sus figuras, hace sus ademanes, y pone al miserable Principe, que iba solo, y sin armas, en un lugar determinado, con precepto de que de alli no se moviera. Empiezan las preguntas, y respuestas, y à todo aquel muy admirado. Vendale luego los ojos, hace que se tienda en el suelo, y à todo obedece pronto. Ah, lo que puede un vicio! Yá quando así lo tuvo, no hallando otro modo de enseñarle la Mágia que deseaba, saca una hacha, que alli tenia escondida, y descargandofela à toda fuerza en la cabeza, quitandole en un punto la vida, lo envió probablemente à contratar eternamente yá con los demonios. ¡Oh, qué muerte tan lastimosa! Así como eslabones se llaman los vicios: nadie se asegure, si tiene alguno, que no caerá en todos. ¡Oh, mi Dios! ¿qué corazón habrá que dexa tu hermosura inmensa por la mas abominable fiereza? ¡Oh! no permita tu Bondad, que así se ciegue nuestro entendimiento, sino que alumbrados à los rayos de tu amable luz, solo busquemos el poder mas soberano, y mas glorioso, que nos dé tu gracia.



## PLATICA X.

### COMO DEBEMOS DESPRECIAR la adivinacion, agueros, y sueños.

A 18. de Enero de 1692.

**I**BA à decir, que nació la curiosidad con los hombres; pero hallo, que aun antes de nacer los hombres, yá de la primera muger havia nacido la curiosidad, y de su curiosidad se havia originado toda nuestra universal desdicha. Y siendo así, experimentando los daños de aquella culpa, aún no queremos escarmentar de curiosos. Lo mas escondido, y oculto, nos pica con el deseo de averiguarlo, lo mas distante vuela nuestro deseo por

haberlo, y lo que aun está por venir, yá quisiera nuestra curiosidad adivinarlo. Y si por saber lo vano, dexamos de atender lo provechoso, si por adivinar lo que no nos toca, perdemos lo que mas nos importa: ¿qué ganará nuestra curiosidad con lo que adivina, si tanto le queda que llorar à nuestra desdicha con lo que pierde? Mucha materia de risa le dió à una criada suya Thales Milefio. Iba éste todo embobado en observar el curso de los Cielos, todo atento en prevenir lo que anunciaban los aspectos de los Astros, quando sin advertir que tenia delante de sus pies un pozo, al dár el paso observando el Cielo, se halló precipitado en el profundo. ¿Pues no ves (le dice riendose la criada) no ves donde pones los pies, y te embelesas todo en ver por donde caminan los Astros? No atiendes à tus pasos, y le cuentas al Cielo sus caminos? No ves el hoyo que tienes delante, y te metes à adivinar lo que anuncian para lo venidero los Cielos? Esto mismo, pero con infinita mayor desgracia, les sucede à los que por arte del diablo quieren adivinar lo oculto, lo distante, lo venidero; que por ver con los ojos de la vanidad, dexan de atender con los ojos de la razon; que por ver lo que no les toca, dexan de cuidar lo que mas les importa; y en fin, que por adivinar curiosos, se precipitan ciegos en el profundo pozo del infierno.

Este es, pues, el ramo venenoso de supersticion, que hoy se nos sigue à explicar: y se llama adivinacion, por lo qual la malicia humana, volviendo las espaldas à Dios; Fuente perenne de toda Sabiduría, con una enormísima culpa le dá culto, y reconocimiento al demonio, por adquirir de sus engaños, vanas, impertinentes, y nempre dañosas noticias. Adivinacion, pues, es un contrato, es un pacto con el demonio (D. Th. 2. 2. q. 95.) para saber de él, por medios supersticiosos, aquellas cosas, que no podemos saber por medios naturales, ò porque están distantes, ò porque son ocultas, ò porque todavia están por venir. Como si uno quisiera saber ahora lo que hoy ha sucedido en Roma; yá se vé, que no hay medio natural para saberlo; pues eso le es muy facil al diablo decirlo aquí ahora por la ligereza con que desde allá à acá vuela en un instante: así tambien por su sutileza vé lo que está oculto dentro de las entrañas de un monte. Pero ni puede saber con certidumbre nuestros pensamientos, ni lo que ha de determinar nuestro libre alvedrio. Este pacto, si se hace invocando al demonio, y hablando con él, poniendo él aquellas señales, ò ceremonias, à las cuales promete de acudir dandole la noticia de lo que se pretende, se llama pacto explicito. Pero si alguno, aunque no sea su intento, ni quiera invocar al demonio, con todo eso hace aquellas ceremonias, ò pone aquellas señales, à las cuales sabe que ha de acudir el demonio, ese se llama pacto implícito. Y uno, y otro es siempre pecado mortal gravísimo. Y quien supiere de alguno que los ha hecho, sepa que está obligado à delatarlo al Santo Tribunal de la Inquisicion, y ahora sean esas se-

ñales, y ceremonias para adivinar en el ayre, en el agua, en la tierra, en el fuego, en el espejo, con falsas apariciones de muertos, ò de otra manera, es una misma la malicia, y la enormidad de la culpa, por eso no me detengo à distinguir las.

No hablamos, pues, de las cosas, que por medios naturales se pronostican, como por su ciencia los Médicos suelen pronosticar sus sucesos en las enfermedades. Los Astrólogos, que previenen los eclipses, los vientos, las lluvias, &c. como no toquen en lo que pende de nuestro libre alvedrio, que solo Dios puede conocer, y que ninguna otra ciencia puede adivinar. Otras adivinanzas, que consisten en la industria, como esas que llaman fuertes con las cartas de los naypes. Otras que consisten en la maña como las de los jugadores de manos. Y otras en fin, que descubre la sagacidad de un buen entendimiento. Como quando Salomón descubrió qual era de aquellas dos la Madre verdadera. Quando Daniél descubrió con una pregunta la malicia de aquellos viejos, y la inocencia de Susana. Peleaban dos mugeres sobre una bola de hilado, diciendo cada una, que ella lo havia hilado, y que era suyo. Vanse al Juez, no havia testigos, ¿cómo se descubriria la verdad? Ea, dice el Juez, dime, en qué debanador está esto debanado? En un lienzo blanco, dixo la una; pues no está, sino en un paño negro, dice la otra, desembuelven, y vé aqui descubierta la verdad. Aun mas graciosamente adivinó otro: Havian hurtado en una casa una alhaja preciosa; enojada gritaba la señora, que era de casa el ladrón, que era de casa. ¿Alí? Pues juntémelos aqui todos, dixo, que yo descubriré el ladrón. Juntos yá, vá cortando iguales tantos palitos como havia personas. Vale dando à cada uno el suyo; ea, vayanse alli, les dice, y miren, que todos son iguales, que me los han de volver. Al retirarse, dixo con disimulo, de modo que lo oyeran: Al ladrón le ha de crecer dos dedos el palito. El ladrón, que tal oye: ¿Dos dedos? Tate, pues por lo que ha de crecer, quitole yo dos dedos, para que quede igual. Así lo hizo. Ea, vengan los palitos; vá dando cada uno, ván midiendo, y descubrese el ladrón por los dos dedos que quebró. Lindo modo de adivinar. Aquí nada tuvo el diablo que hacer.

Pero sí tiene que hacer, y mucho, en los iniquos, y perversos medios, que algunos ponen para descubrir lo hurtado, ò lo perdido. Pongo por exemplo, y dexo otros. Eso que usan del cedazo, yá me entanderán los que lo huvieren hecho, y eso batta: Eso que usan del cedazo para descubrir en casa quien fue el ladrón, es pacto implícito con el diablo, y à quien lo hiciere, deben delatarlo al Santo Tribunal. Lo mismo digo de los que con intento de descubrir, ò saber alguna cosa oculta, ò huvieren tomado la yerva del Peyote, ò aunque no la tomen por sí, consultan, y preguntan à alguno, que la usa, es pecado mortal gravísimo, es pacto con el diablo, y es caso de Inquisicion. ¡Oh, Dios, y qué peligros! Y despues de tan

grave pecado que quiere sacar de el padre de las mentiras, sino engaño? (Delrio, de *Magia* l. 4. c. 2. q. 6.) Descuidóse un rustico (refiere nuestro Delrio) con una bolsa de cuero, en que tenia unos reales, y un animal de cerda, que tenia en su casa, se la comió. Echala menos, acude à su muger, no la ha visto, ¿pues quién pudo cogerla? Aqui estaba. Vase como ignorante à una maldita vieja, que decian que hablaba con el diablo, à preguntarle por su bolsa. La vieja con grandes amenazas le mandó, que no pasase de una raya, que le señaló, y vá luego, encierrase en su aposento. El rustico fuele bonitamente acercando à la puerta, escucha por la rendija, y oyó que le decian à la vieja: Mira, la bolsa el marrano se la comió; pero dile tú, que tu muger es la que se la escondió, para gastarla con fulano, que es su amigo, para que con eso ellos allá peleen entre sí. ¿Eso hay? Díóse por desentendido. Volvióse à su puesto, viene con su mentira la vieja, y él en pago, la llevó à los Jueces, que la castigaron; y matando aquel animal, recobró su dinero. Valióse su ignorancia; pero andense poniendo á que logre el diablo las mentiras, y los engaños de su malicia.

Por eso quizá á otros les parece, que son muy piadosos, y se vá à los Santos; ¿pero cómo? Con una supersticion impia. Padre, le puse à San Anton dos velas; ò un quartillo de aceyte à San Lazaro, para que le dé mal de San Lazaro, ò de San Anton, al que me hurtó tal cosa. ¡Valgame Dios! De modo, que los Santos quieren que sean instrumentos de su encono, de su rabia, y de su venganza. ¿Eso se pide à los Santos? Qué mas pidieran al demonio? El llamarse este mal de San Lazaro, ò el otro mal de San Anton, no es porque estos Santos causen esos males, no, que es inteligencia de algunos perversos animos, y quizá faltos en la Fé, como lo mostió en sus mentiras Paracelso. Antes se llaman así, por lo contrario. Mal de San Anton, porque este Santo es Abogado piadoso para librar de él: y así el mal de San Lazaro, porque San Lazaro es Abogado para quitarlo. ¿Pues miren ahora quán impíos serán los que à estos Santos quieren hacer instrumentos de sus malditas venganzas! ¿Y qué diremos de lo que ya tan comunmente se hace? Perdióse alguna cosa, pues que le quiten el Niño à San Antonio, que lo pongan en la ventana, que lo encierren en la caja, que lo metan en el pozo. ¿Qué es esto? Qué ha de ser? es supersticion. ¿Parece devocion? Pues es impiedad. Quién ha dado licencia para perder así el respeto à las Imagenes? Ese modo de pedir à los Santos, quando nos lo enseñó la Iglesia? Eso no es pedir, sino querer obligar, y forzar al Santo à que haga lo que queremos. ¿Ea, no hay Misas, que ofrecerle? No hay oraciones? No hay velas? No hay otras promesas santas? Para qué es introducir esos abusos?

Mas volvamos à los que tienen por su adivinador al demonio, estos son tambien los que por las rayas de las manos quieren que les adivinen su fortuna. Las doncellas, que en el dia de San

Juan, que parece que han hecho dia de supersticiones, salen à adivinar su ventura. Yo bien me persuado, que no creen esto, sino que solo lo hacen por chanza, y siendo así, será solo pecado venial; pero si seriamente unos, y otros creen por esos supersticiosos disparates su fortuna, pecan mortalmente. Y en México, donde hay tanta doctrina, no sé si en esta materia podrá servir de escusa la ignorancia.

¿Y qué diremos de estos, que vulgarmente llaman Zahories? Nos cuentan, que vén debaxo de la tierra los tesoros, las venas de agua, y de metales, los cadáveres sepultados, que vén las apostemas dentro de los hombres, &c. Todo eso, si dicen que lo vén con los ojos del cuerpo, no puede ser sino con ayuda del diablo, porque nuestra vida material no puede naturalmente penetrar un cuerpo denso, y opaco. Añadese, que para mas fundamento de que es el diablo quien les ayuda, no tienen esta virtud sino en dias señalados; como Martes, y Viernes. Todo eso es engaño, y pacto con el demonio, y pecará mortalmente quien à tales Zahories consultare. Mas si ellos solo facan por discurso lo que está debaxo de tierra, como por las yervas que allí nacen, ò por los vapores que se levantan, eso es cosa natural, y eso lo hará qualquiera sin ser Zahorí.

Hay, demás de estos, otros modos de creer al diablo; los que creen agujeros, los que creen en sueños. Suele esto ser solo temor, no credito, temen que les suceda, no porque lo creen. Y siendo así, es solo pecado venial, aunque por ese temor dexen de hacer tal vez alguna cosa, como no sea de las que nos obligan de precepto; v. g. el que dexára de salir à un viage en Martes, porque es dia aziago, vaya; pero el que creyendo agujeros, ò sueños, gobernára por ellos todas sus acciones, éste pecaría mortalmente. Y à la verdad, oyentes míos, ¿qué tiene que hacer fiar en Lunes, para decir que por eso no se ha de vender en toda la semana? Qué, porque se encontró al salir con un ciego, tullido, ò coxo, le haya de suceder desgracia? Qué, porque raió el perro, ya abre la sepultura? Qué, porque cantó el Tecolote, ya cantan las exequias? Qué, porque zumbó el oído derecho, me alaban? Qué, porque zumbó el izquierdo, me murmuran? Si por murmuraciones hubiera de ser, joh, lo que zumbaramos todos! Anden. ¿Pues qué diré de los sueños de las mugeres? Qué, porque soñó que se le caía un diente, se ha de morir? Y à cuántos se les han caído todos los dientes, y están vivos? Qué porque soñó en toros, le hacen agravio? y cuántos agravios hay sin soñar toros? Qué, porque soñó en perlas, ha de llorar? y tan mal les estuviera llorar perlas? Mas pienso yo, que indica ese sueño mucho deseo que tienen de tenerlas. Soñó uno por tres veces repetidas, que havia una muger, y que ésta le decia, que en cierto lugar, que le señaló, si cababa un poco, hallaría una olla llena de oro. Persuadióse su codicia, vá y caba, y halló la olla; ¿pero cómo? Llena de carbon. Andaos à creer en sueños, para que así el demonio os burle.

Oy-

Oygameos ya por ultimo al Espíritu Santo al 34. del Ecclesiástico, que ciñe toda esta doctrina. *Divinitio erroris, & anguria mendacia, & somnia maleficientium, vanitas est.* Todas estas adivinaciones supersticiosas, esos agujeros ridiculos, esos sueños impertinentes, todo eso es vanidad, todo es error, todo es mentira. Solo añado, que el pacto explicito siempre, siempre es pecado mortal gravísimo, aunque sea en la materia mas leve, y se le puede, y suele juntar heregia. Pero en el pacto implicito tal vez podrá escusar de pecado mortal la ignorancia, ò el hacer sus ceremonias por burla, y chanza; pero siempre es materia peligrosísima. Mas vale ignorar irviendo à Dios, que saber los mayores secretos con el diablo. Si me valgo del diablo, le sirvo como un vil esclavo; y si tengo à Dios, Dios hará que el diablo me sirva à despecho de su soberbia.

A todos visos es doctrinal el exemplo que refiere nuestro Martin Delrio. (Delrio de *Magia* l. 3. p. 1. q. 7. f. 1.) Caminaba por la Italia un Soldado, y embargandole los pasos una grave enfermedad, lo obligó detenerse por curarse en un meson. Llevaba una bolsa llena de reales, y temeroso de que se la hurtarian, entretanto que sanaba, diósele à guardar à la huespeda. Fue corriendo los terminos su achaque, y la Mesonera ya con enfermedad de bolsa, fue empeorando de el achaque de la codicia, y tanto, que hallandose ya mejor el Soldado para proseguir su viage, le pidió su bolsa. Ella lo consultó con su marido, y determinaron de negar. Volvióse à pedir el Soldado, y ella muy descarada: ¿Qué bolsa, ni qué dinero? que à mí no me ha dado nada. Lleno de coera porfiaba, quando llegó el marido à defenderla, y despues de muchas voces, echandolo à empujones, le cerró las puertas. El sacando la espada, porfiaba à querer entrar, dán gritos, que queria violentar la casa: juntase gente, viene la Justicia, y hallandolo de aquella suerte, y diciendo el Mesonero, que queria robarlo, por mas que él alegó su verdad, llevanlo à la carcel, formanle el proceso, y estaban ya para sentenciarlo à muerte. ¿Qué haria aquel miserable, viendo que à él no le creían? Cómo descubriria la verdad? Consta de haverle hallado con las armas en la mano batallando por vencer, y abrir una puerta; pero él no tenia testigos con que probar la causa. En esto pensaba afligido en el calabozo, quando apareciendole el demonio, le dixo la sentencia de muerte, que ya tenían determinada contra él los Jueces. Quedó atonito à nueva tan terrible: Ea, no te aflijas, que aqui me tienes, le añadió el maldito; solo con que tú me des el alma, yo prometo de descubrir la verdad, y de sacarte libre. Pues yo (respondió el Christiano Soldado) mas quiero morir mil veces, que ponerme en tus manos: anda para quien eres, que la verdad Dios la descubrirá; y si no, moriré inocente. Pues mira, replicó el demonio, ya que he venido, no sea en vano, ya no quiero nada de tí; pero mañana quando te saquen à Tribunal, dí, que tú como Soldado

no entiendes de esas defensas, que te permitan por Abogado al que tú nombrases, que yo estaré allí con un sombrero blanco, y en él una pluma; señalame à mí, que yo te defenderé. Parecióle al Soldado, que esto le era licito, y así concedió con ello. Sacanlo el dia siguiente al Tribunal, pide que le dexen señalar Abogado, concedenlo los Jueces, y señala al demonio, que estaba allí muy puntual, con las señas dichas. Instabale el acusador Mesonero con gran fuerza, pero el demonio abogó como un demonio con tal copia de razones, autoridades, y argumentos, que à todos los tenia pasmados, y atonitos. Y por ultimo dixo, que él mostraria la bolsa del dinero, y señaló desde allí el lugar donde la tenían escondida. El Mesonero, viendose apretado, empezó à echarse maldiciones: *El diablo me lleve, si yo sé de tal bolsa.* ¡Ah, hombre! mira que quizá está cerca el diablo. Andaba la porfia, y el Mesonero no hacia sino repetir sus maldiciones: *El diablo me lleve, si yo sé de tal bolsa.* Tantas lo dixo, que dexando el demonio su abogacia, abrázase con él, y levantandolo, lo sacó por una ventana, y llevósele por los ayres, sin que jamás lo viesen. Pasmados quedaron los circunstantes, descubierta la verdad, y el inocente libre, y libre, no solo de la calumnia, sino de la peor esclavitud del demonio, à quien hizo Dios que le sirviera como su esclavo. Catholicos, dexemos en las manos de Dios nuestros caminos, que lo impertinente, y vano, de nada nos sirve saberlo, y nos dañará mucho el averiguarlo. Lo que nos ha de ser provechoso, Dios es solo la verdadera luz, que nos lo alumbrará por los caminos seguros de la gracia, por medio de la qual allá iremos à descubrir los secretos mas soberanos en la Gloria.

## PLATICA XI.

DE LOS MUCHOS PECADOS QUE se cometen por la vana observancia.

A 25. de Enero de 1691.

NO puede ser necedad mas declarada, que buscar por remedio de un achaque otra mas grave enfermedad. Por eso con mucha razon aborrece la medicina cierta especie de medicamentos empiricos, que dando con brevedad una disimulada salud, en esa misma, que parece salud, dexan una enfermedad sin remedio mortal. Solapan por lo de fuera el tumor, el fluxó, la llaga, y reconcentrando así à lo mas interior el humor maligno, logrando allí sin reparo su malicia, bien presto el que se aplaudia sano, lo lloran muerto; y si la que se llamaba salud era ir solapando escondido dentro de las entrañas el veneno, mejor le estuviera sin duda no haver sanado. Pues eso es lo que les sucede à los que para sus males, con

re-